



SUIZA, 72

(1) LOS EMIGRANTES TEMPOREROS

•Muy señor mío:

Su automóvil está aparcado en zona prohibida. Además, hemos verificado que su puerta está abierta; corre el peligro de que le sustraigan la documentación. Por eso la hemos tomado, y puede usted recogerla en el puesto de Policía más próximo». Tras encontrar en el interior de mi coche esta sorprendente carta, un servidor de ustedes acudió, bien sabe Dios que por la fuerza, al cuartelillo de la Place du Bourg du Four, en Ginebra. El agente me recibe con tono seco y me recrimina mi conducta de mal aparcador. Extiende la multa, y pago. Yo pienso: asunto terminado, y pido mi documentación. Para devolvérmela, me piden el pasaporte. Soy censurado por dejar la puerta

del coche sin cerrar con llave. Repongo que de cien veces que salgo del auto, noventa y nueve cierro, y que me extraña no haber cerrado. Pero mi testimonio es el de un simple ciudadano, y además extranjero. La autoridad inquiere acerca de la veracidad de los datos de mi filiación y comienza a preguntarme cuánto tiempo llevo en Suiza, qué hago, cuánto más voy a permanecer. Respondo sumiso. Lapso. «¿No estaba usted en otro coche con otros españoles hace media hora?» A mi negativa, más preguntas: «¿Y su domicilio en Ginebra?». Digo que en casa de conocidos. «Nombre y dirección». Una vez dados, se me pregunta si ellos me han declarado a la Policía. No lo sé.

Por fin, acaba el interrogatorio, y salgo de la Comisaría con un cierto complejo de José K.

RESPIRAR AIRES EUROPEOS

Uno no pretende a estas alturas descubrir los Alpes ni universalizar anécdotas personales, pero no cabe duda que el impacto de una vivencia es notable para hacerse una composición de lugar. El lugar en cuestión, Ginebra, ha sido durante una serie de años, para mí y para muchos celtíberos, una especie de síntesis del continente. Como puerta de entrada a Suiza, con sus aires cosmopolitas y elegantes, sus parques y su lago con el orgulloso «jet d'eau», su limpieza y su aire civilizado, cortés y distante. Suiza,

más allá del topicazo del reloj y el chocolate, de tarjeta postal alpina, era una encarnación de las características socioeconómicas de la Europa desarrollada. Trirraciales, cuatrilingües, birreligiosos, los suizos eran una síntesis de lo que se da en llamar la civilización occidental y su «consensus» sociopolítico era tema clásico en los manuales de Derecho Constitucional y punto de referencia obligado para aplicar comparaciones entre modelos democráticos. Su estabilidad institucional, basada fundamentalmente en el respeto extremo a la autonomía cantonal para prácticamente todas las instancias legislativas, ejecutivas y judiciales de la Administración, ha sido el pasmo de otras naciones. Guillermo Tell

GUILLERMO LUIS DIAZ-PLAJA

no es sólo un mito nacional, sino la representación de una esencia cívica cuyas formas medievales de gobierno —las famosas democracias directas de los cantones de Uri, Schwyz, Unterwald y Glarus— no sólo siguen en funcionamiento en plena plaza pública, sino que han imprimido carácter a un sistema de gobierno en el que la autoridad viene de abajo apoyada en un número de votos. Raro es el año en que toda la Confederación Helvética no acuda a las urnas para una consulta vital en la que el referéndum es modo habitual de decidir. (Y parecía como si olvidase el hecho insólito de que las mujeres no tenían derecho a voto hasta hace pocos años...).

Uno, por decirlo de modo expresivo, se sentía más bereber en medio de esa sociedad del equilibrio y el buen sentido, de la abundancia y del bienestar, del diálogo y el intercambio, no ya a escala europea, sino mundial. El Palacio de la Sociedad de Naciones, la OIT, la OMS, la Cruz Roja Internacional, el Consejo Mundial de las Iglesias, son no sólo edificios de empaque representativo, sino símbolos de una capitalidad política que si ha sido perdida en aras de Nueva York, aún conserva el esplendor del recuerdo y una concentración real y operativa de instituciones internacionales que daban un indudable ambiente cosmopolita.

LOS JEQUES DEL PETROLEO Y LA PLAZA DE ORENSE

Si la capitalidad política mundial que le da la ONU a Nueva York está convenientemente respaldada por los bastiones financieros de Wall Street, Ginebra conserva también la correspondiente contrapartida económica a su primado político. Como uno de los vértices del triángulo que ocupan también Zúrich y Basilea, la capital ginebrina es uno de los «sancta sanctorum» de las finanzas. El acomplejamiento social y político del hispano se redobla de sensación de pobreza al pasar por delante de las catedrales del oro y los eurodólares, donde no es raro ver entrar y salir tipos de gafas negras, traje negro, Rolls negro, samsonite negro y tez negra que hacen pensar en minas africanas, cuando no es el inconfundible jeque saudí o kuwaití que huele forzosamente a petróleo. A uno le vienen ganas de convertirse en Dupont y Dumont, detectives del Tintín de Hergé, y seguir a esos personajes detrás de cuya pista invariablemente aparecería sin duda la Isla del Tesoro, que, como todos sabemos hoy se llama el Tercer Mundo. Exactamente en el extremo opuesto, Suiza vendría a ser, siguiendo en el terreno infantil, la cueva de Alí Babá, que ha ganado su prestigio, entre otras cosas fun-

damentales, gracias a que el famoso secreto bancario helvético es algo más sagrado y complejo que la mágica fórmula del «ábrete, Sé-samo».

Este paisaje cosmopolita y fenicio que ha convertido al país en una caja de caudales desproporcionada con su extensión territorial y su población, no ha variado en su esencia en los últimos diez años más que para participar sustancialmente en la formidable expansión capitalista de los países desarrollados, en buena parte a costa de los subdesarrollados. El papel del gigante financiero suizo —y de cuantos se ocultan en el anonimato de su pabellón—, que no era solamente sujeto pasivo receptor, sino emprendedor e inversionista, y su sede, siguen siendo el cuartel general de lo que podríamos llamar la internacional del capital.

Pero hacia finales de los años cincuenta, principios de los sesen-

ta, se produjo una mutación en la economía suiza que exigió en un espectacular «boom» cambiar los datos esenciales de la estructura económica. Una serie de reajustes en la infraestructura industrial y nuevas políticas de inversión crearon una amplia necesidad de mano de obra que la pobre demografía helvética no podía proporcionar. La Confederación —tradicional exportadora de capital inversor— empezó a pensar en la operación inversa: importar mano de obra. Hoy día pasan del millón los trabajadores extranjeros en la Confederación, dando la proporción más alta de Europa, un extranjero por cada cinco suizos. Italianos, españoles y griegos, por este orden, forman un nuevo sustrato social que ha incidido de manera capital sobre el panorama cotidiano y sobre la economía. Al cosmopolitismo político y financiero de alto copete se suma ahora un abigarramiento emi-

nentemente meridional y latino que cambia totalmente el panorama. Llegar a la estación de Ginebra-Cornavin y ver grupos de italianos, griegos e hispanos en situación de foro a las horas y en los días de ocio, es habitual. Para el ibérico recién llegado no deja de sorprender oír hablar en gallego en un contexto tan ajeno y tan lejano con una naturalidad que sólo un pueblo de emigrantes podía desplegar, hasta ser conocido el lugar entre la colonia emigrante como la plaza de Orense.

TODAVIA HAY CLASES

Quien haya estado ausente de Suiza los últimos diez años y conservase una imagen del país, recordaría una apariencia de relativa nivelación social. No tanto porque correspondiera a una estructura de estratificación tenue, como por un puritanismo de tendencia a la austeridad apariencial que asimilaba

No, no es un campo de concentración. Al menos oficialmente, esto son las residencias asignadas a los trabajadores extranjeros que vienen con contratos de temporada. No pudiendo exceder de once meses su permanencia y sin poder ser acompañados por su mujer ni familia alguna, los empresarios suizos proporcionan una «vivienda adecuada y a precio razonable». En habitaciones de cuatro, seis, ocho e incluso, a veces, más personas, los españoles, italianos, portugueses pagan cantidades que oscilan entre los 80 y los 120 francos suizos por un camastro de austeridad espartana. Tienen derecho a fogones de cocina a compartir entre ocho o más compañeros y, a veces, un sólo aseo para todo un barracón.



SUIZA, 72

los niveles dignos de los segmentos inferiores a la sobriedad de los superiores. Las diferencias reales eran muy otras en la realidad, y así como anteriormente pasaban inadvertidos, hoy surgen a la superficie: los trabajadores emigrados sirven perfectamente para evidenciar las diferencias en la escala económica. No sólo por su potencial adquisitivo, sino sobre todo en cuanto a su «status». Ser trabajador extranjero es ser un ciudadano de segunda clase, un paria en una sociedad hermética y ligeramente xenófoba y un subproletariado en una nación donde no existía. El peonaje industrial y de servicios y, en general, todo tipo de trabajo que por su dureza, monotonía, servilismo y escasa remuneración no quisiera hacer un suizo, está en manos de los latinos, que llegan con la maleta de cartón. La legislación suiza es la más dura de Europa con respecto a los derechos de los trabajadores extranjeros, a los que somete a una clara discriminación —social, económica, laboral— que tiene una amplia gama de matices, pero que llega hasta situaciones estructuralmente injustas y vejatorias, como el Estatuto del Temporero. Un «saisonnier» es aquel trabajador que disfruta de un permiso de permanencia en Suiza limitado al período de su contrato de trabajo, obligatoriamente de menos de once meses. Tras este período está obligado a salir del territorio suizo durante un mes, y no puede regresar sin otro contrato similar. No puede traer a su familia y suele vivir en «ghettos», residencias o barracas por las que paga precios abusivos.

Es evidente que una situación de este cariz comporta una estructura de fuerte estratificación basada en una explotación y una plus valía que supone un negocio extraordinario para sus empleados. Todavía hay clases en la democracia suiza, y los estratos inferiores, para colmo, concitan las iras xenófobas de la ultraderecha nacional, que les hace responsables de los males que dicen aquejar a la sociedad suiza. La iniciativa Schwarzenbach, que se votó hace dos años en referéndum, propugnaba la reducción drástica de los contingentes de mano de obra foránea para salvaguardar las esencias patrias. La enmienda fue rechazada formalmente, pero, de hecho, en los dos últimos años han aumentado los permisos de temporeros y disminuido los normales, lo que equivale a una victoria del senador ultraderechista, que consigue ver reducidos los efectivos extranjeros con ciertos derechos en Suiza. Actualmente, una nueva iniciativa se abre paso, y si recoge suficientes firmas, significaría un nuevo referéndum. Y si

prosperase éste, 400.000 extranjeros tendrían que marcharse.

EL «NUEVO ORDEN SOCIAL» DE SCHWARZENBACH

«Suiza ha llegado ser lo que es gracias a un equilibrio entre razas, culturas, religiones. En su economía, los tres sectores: agricultura, comercio, industria. Todo basado en el federalismo, que es un poco el secreto de nuestro país. En cuanto se desequilibra, se estropea la fórmula». El que así habla, James Schwarzenbach, fue el hombre que lanzó la campaña anti-extranjeros y provocó con su iniciativa un referéndum nacional hace dos años. Personaje clave para entender la Suiza actual, su derechismo confesado es mucho más sincero y significativo que el latente e inconfesado que aparece en otras personas e instituciones helvéticas.

Prosigue: «Nuestra economía aprovechó la ventaja de la neutralidad, durante y después de la guerra mundial, no sólo para el comercio, sino también para la industria. Esta, hacia el final de los años cincuenta, principios de los sesenta, empezó a embalsarse, y así necesitó de mano de obra extranjera. Suiza tenía ya una tradición de mano de obra extranjera italiana, pero en esta ocasión, las proporciones empezaron a hacerse serias. Después de los italianos, los españoles y los griegos, los portugueses y los yugoslavos. Hasta superar el millón...». Mientras yo le argumento que la economía suiza se beneficia extraordinariamente de esta mano de obra, enciende su pipa cachazudamente:

«Mi tesis es la de un doble desequilibrio. Por una parte, demográfico, y por otro, económico. Ambos afectan a la esencia de lo que esta nación era y está en peligro de dejar de ser. Porque hay que comprender que, actualmente, entre la gente que está en nuestras fronteras, uno de cada seis es extranjero. En cuanto al aspecto económico, creo que la industria se ha sobredimensionado respecto a los otros dos sectores. Y creo que lo ha hecho de una manera contraproducente: en vez de racionalizar su producción, se ha basado en la mano de obra extranjera. Yo creo que esto es resolver los problemas de modo equivocado. Suiza sólo debería absorber un 10 por 100 de extranjeros respecto de la original: unos 500.000. Y aun éstos, repartidos por nacionalidades diferentes...». El señor Schwarzenbach no quiere colonias numerosas: «Los emigrantes son gente diferente de mentalidad, de costumbres, no quieren quedarse aquí». Hay que aclarar que a muchos no les dejan y que los que pueden permanecen periodos cada vez más largos, que

hay una generación de hijos de emigrantes que se siente más suiza que del país de origen. «Además, aquí se politizan, y los partidos de sus países mandan agitadores...». Hay que decir que la participación política o sindical de los emigrantes en Suiza es virtualmente nula. «Pero yo no estoy en contra de que hagan política... en sus países». Pero ellos tienen que emigrar económicamente, ¿cómo separar la economía de la política? Europa parece marchar a una integración... «Mi punto de vista es colaboración, sí; integración, nunca. Si Suiza pierde sus cualidades, se desintegrará». Pero si sus tesis triunfaran, entraría en contradicción con la formidable expansión del capitalismo industrial suizo, basado en buena parte en la mano de obra extranjera: «Yo detesto a nuestra industria, que al tomar tanta preponderancia, rompe el equilibrio helvético. Ya sabe usted que cuando el referéndum, el gran capitalismo me atacó porque yo les atacaba. Se ha llegado a decir que Suiza es una dictadura económica disfrazada de democracia». Pero he aquí, herr Schwarzenbach, que sus argumentos anticapitalistas podrían ser firmados por las izquierdas... «Sí, pero yo estoy contra la lucha de clases. Soy un convertido al catolicismo y mis ideas coinciden con la doctrina social de la Iglesia. Yo propugno un nuevo orden social que emanaría de las encíclicas "Quadragesimo Anno" y "Rerum Novarum", que yo prefiero a la "Populorum Progressio". A mí me parece que una mezcla de elementos socialistas y liberales sería buena. Necesitamos un sistema propio, porque el obrero suizo no es un proletario». Pero los extranjeros sí... «Claro, y por eso algunos quieren la revolución, y yo no quisiera que la hagan aquí».

Cuando nos vamos a despedir, me asegura: «Se ha dicho que soy un antiextranjero, pero no es cierto. Respecto a su país, yo soy un gran amante de su literatura y su pensamiento: Donoso Cortés y Jaime Balmes me interesan mucho. Política-mente, yo tuve simpatías por José Antonio Primo de Rivera».

LA PAZ DEL TRABAJO Y LOS SINDICATOS INCLINADOS

No dejan de impresionar las críticas que Schwarzenbach hace embistiendo contra el capitalismo monopolista y las concentraciones industriales, las inversiones extranjeras. El hecho de que, paradójicamente, estas investivas vengan desde la derecha, con todas las contradicciones inherentes, no quiere decir que sean molinos, sino auténticos gigantes. Si la interdependencia, estructura económica, superestructura política, es constante a la hora de analizar la in-

mensa mayoría de países, la Confederación Helvética es un caso exagerado y altamente significativo. La superpotencia mundial de su economía representa un fortalecimiento del sector privado, frente al que el sector público queda minimizado. Máxime, cuando la estructura cantonal atomiza las atribuciones, divide los presupuestos, desmultiplica la potencia. Suiza es, financieramente hablando, una superpotencia, pero no como Estado, sino en cuanto a la suma de sus gigantes privados. La Banca privada —sobre todo los tres supercolosos: Société de Banque Suisse, Union des Banques Suisses y el Crédit Suisse; cuya suma de cifra de negocios, 86.000 millones de francos suizos, equivale al producto nacional bruto— es la que dicta las normas económicas de la política monetaria para los efectos nacionales e internacionales. El poder de los llamados «gnomos de Zurich» para el control de los mercados del oro y de las monedas, notablemente de los eurodólares, es clave y ha estado implicado como protagonista en las crisis monetarias de los últimos años.

La famosa neutralidad suiza ha sido, en las dos últimas guerras, un plágue negocio, no sólo porque el comercio y la industria se han beneficiado durante las conflagraciones, sino en las inmediatas posguerras. El patronato suizo supo aprovechar los vientos de crisis que soplaban en la coyuntura mundial tras el «crack» de 1929, y en 1937 firmó con los Sindicatos la llamada «paz del trabajo». Los patronos se comprometían al pleno empleo, y los obreros, a no hacer huelga.

En 1972, la «paz del trabajo» sigue vigente.

El Sindicato suizo, de corte socialdemócrata y afilado a las grandes centrales sindicales internacionales, es realmente un ejemplo de un horizontalismo que hace dudar de la geometría. Uno piensa «a priori» y a distancia que es lo más opuesto al sindicato vertical que tenemos por estos pagos, y resulta que tiene muchos puntos de contacto. El Sindicato aparece ni vertical ni horizontal, sino inclinado y sumiso, incluso plasmado en las pancartas de las manifestaciones del primero de mayo. En Ginebra este año, tras una fanfarria que incluía bandas y mejorettes, el FOBB (Sindicato de la Construcción y la Madera) un enorme bulldozer enjazzado o el camión del FOMH, metalúrgicos, servía para sostener bien visible la sábana del slogan-base para 1972: «Lucharemos hasta el final... (y más abajo)... por la cuarta semana de vacaciones». Verdaderamente combativo, sobre todo si se piensa que en estos sindicatos están englo-



Quienquiera que llegue por ferrocarril a Ginebra o pase por delante de la plaza de la estación puede darse una idea inmediata y clara del volumen de la emigración en Suiza. La ciudad de corte europeo y de aires cosmopolitas de los organismos de las Naciones Unidas —OIT, FAO, OMS—, de la sede de la Cruz Roja Internacional y el Consejo Mundial de las Iglesias, ha cedido paso a otro tipo de multinacionalismo. Hoy la mano de obra foránea ocupa el 90 por 100 de los puestos de trabajo en el sector de la construcción y porcentajes muy elevados en otras industrias y servicios, especialmente hostelería. Entre los millares y millares de españoles, los gallegos son legión, hasta el punto de llamársele entre la colonia a la plaza de Genève-Cornavin la plaza de Orense.

bados millares de temporeros extranjeros que están sometidos a unas discriminaciones indignantes. No es de extrañar que surgiese una segunda manifestación más espontánea y radical en la que los extranjeros eran mayoría.

LAS BRUJAS DE LA TELEVISION DE LA SUISSE ROMANDE

Es evidente que quien tenga ojos para ver y su sensibilidad social no se los ciega, puede ver que algo huele a podrido en esta Suiza del bienestar. Verdaderamente el Calvinismo ha tenido aquí un terreno abonado; y si Suiza no hubiera existido, Max Weber tendría que habérsela inventado para apoyar su tesis sobre «la ética protestante y el espíritu del capitalismo». La moral puritana y un cierto inmovilismo, más el alto estándar económico en el que las alienaciones consumistas son más atractivas para que no se vea la configuración de un «establishment» de donde conducen los hilos de todo el tinglado.

Ahora bien, con todo, como apuntábamos, hay unas minorías lúcidas que comienzan a sentir un rubor respecto al curso que van tomando las cosas. Son, entre otros, los que han empezado a tomar el problema de los extranjeros como propio, y ven en él síntomas de males estructurales que, convenientemente detectados, llevan demasiado a la raíz para que todo el árbol helvético no se conmueva. Guardianes tiene el orden y el sistema establecido para ello. Un

ejemplo de vibrar con los problemas sociales lo dio hace algunos meses el periodista zuriqués Peter Amman, que realizó un film sobre los temporeros que tituló, elocuentemente, «Braccia, si; uomini, no». «Los brazos, sí; los hombres, no» era una acusación muy clara contra la «importación» de una fuerza de trabajo, marginando las vidas y las familias de millares de trabajadores. Algunos otros periodistas, como Daniel Cornu, de *La Tribune de Genève*, han llamado constantemente la atención sobre las evidencias de lo que no puede reducirse a una casuística.

Pero las libertades formales de prensa de que disfruta la Confederación acaban exactamente allí donde empieza la ideología de los Consejos de Administración de sus periódicos. Y es evidente que éstos, al estar vinculados a un sistema de intereses socioeconómicos y políticos mucho más cerca de la derecha, no muestran demasiado celo en tolerar según qué críticas más allá de un cierto margen para cubrir el expediente. La prensa directamente vinculada a los partidos llamados de izquierdas es débil en su influencia por tiradas realmente insignificantes.

Uno de los casos más significativos ocurridos recientemente: Un grupo de seis periodistas, colaboradores y técnicos de la televisión de Ginebra, fue expulsado un buen día con una carta redactada en los siguientes términos: «Tienen ustedes diez minutos para recoger los efectos personales de sus despachos respectivos y abandonar los

locales de la televisión suiza». Ante el estupor de los interesados y el terror inmovilizante de sus compañeros, la orden se ejecutó bajo la vigilancia de ujieres judiciales que se encargaron de precintar las puertas de sus despachos y acompañarles hasta la mismísima calle. Apenas doy crédito a las palabras de Pierre Nicole y de Nathalie Nath, dos de los expulsados, quienes me explican someramente los antecedentes de la espectacular crisis. «Nuestro equipo venía realizando una serie de programas informativos, la mayoría con énfasis en aspectos sociales y de corte crítico, y que habían tenido algunos de ellos un impacto notable. La audiencia de nuestros programas era importante. Pero empezaron las presiones de la Dirección. Nunca por el lado político, sino por razones técnicas. Sin embargo, era obvio que nuestros programas afectaban y herían, y que existían presiones para que se limasen o desapareciesen. Pero por temor a que pareciera como censura, reduciéndolos al terreno profesional, las críticas pretendían aislar y quitar importancia. Nosotros también empezamos a reivindicar modificaciones en el modo de proceder de la televisión, y pedíamos cambios y racionalizaciones en los sistemas de trabajo. Entre otras cosas, se ponía en cuestión la estructura organizativa y también la sindical de la televisión, que no era eficaz ni representativa. La Dirección accede a examinar a fondo el problema y encarga a un técnico, hombre honesto y nada sospechoso de ideas

avanzadas, un libro blanco. Al cabo de unas semanas, el informe, terminado básicamente, da la razón a las reivindicaciones del equipo de periodistas. Al ver que las cosas no mejoran, empiezan a aparecer una serie de hojas de información firmadas por un «grupo de TVR» (Television Romande), que pretenden que todo el personal sepa lo que está ocurriendo en las altas esferas. Mientras tanto, los programas del equipo de los seis son sometidos no sólo a presiones «a priori», sino a cortes «a posteriori». Se llega a hacer una huelga de veinticuatro horas: los televidentes suizos y la opinión pública se dan cuenta de que algo está pasando. El 27 de octubre se produce la fulminante expulsión».

Si la historia no estuviera contada por uno de sus protagonistas y con documentación de prensa al apoyo, parecería simple fantasía para desprestigiar a una institución estatal de información en un país teóricamente con derechos democráticos de libertad de expresión. Cuando se comprueba que es cierto, hay que subrayar lo de teóricamente. Pierre-Henry Zoller, Marianne Bellios, Jean-Claude Deschamps, Michel Boujut y el que me habla, Pierre Nicole, emprenden una acción judicial contra el director de la TV de Ginebra, para empujarla a que demuestre de qué modo cree él saber que el susodicho equipo es —como se pretende— el que integra el «grupo TVR» que firmaba los panfletos. Siendo esta la acusación básica para el licenciamiento fulminante, y sin apoyo de prueba alguna, el proceso judicial fue un escándalo el pasado mes de mayo, cuando el director de la televisión dijo que no podía aportar pruebas porque eran un secreto de la Policía. El jefe de la Policía que había llevado la investigación, también se remitió al siglo profesional, y los cinco periodistas —a excepción de Nathalie Nath, que lleva otro procedimiento judicial aparte— se han quedado sin satisfacción por las injurias recibidas y los perjuicios de ellas derivados.

Eso sí, el proceso ha servido para desvelar una serie de actividades de control de los servicios de investigación: teléfonos intervenidos en los estudios de televisión ginebrina y otras lindezas, en el más puro estilo maccarthiano de la caza de brujas. ■ G. L. D.-P. Fotos del autor.

PROXIMO NUMERO

SUIZA '72 (y 2):
EL BUNKER